

## LIBRO TERCERO.

EL ABUELO Y EL NIETO.

I

### *Una tertulia antigua.*

Cuando el señor Guillenormand vivía en la calle Servandoni frecuentaba distintas reuniones muy encopetadas y muy nobles, en las cuales se le admitía, aunque no pasaba de burgués. Como tenía dos clases de talento, primero el que en realidad poseía, y luego el que le prestaban, era hasta solicitado y agasajado. No iba á ninguna parte sino con la condición de dominar. Hay personas que quieren á toda costa tener influencia y que se ocupen de ellos; donde no pueden ser oráculos, son bufones. Guillenormand no era de esta naturaleza; el dominio que ejercía en los salones realistas que frecuentaba, no le costaba nada en propio respeto.

En todas partes era oráculo. Había llegado á tenérselas tiesas con Bonald, y con el mismo Bengy Puy Vallee.

Hacia 1817 pasaba invariablemente dos tardes por semana en una casa de su vecindad, calle de Fárou, en la de la baronesa de T., digna y respetable señora, cuyo marido había sido, en tiempos de Luis XVI, embajador de Francia en Berlín. El Barón de T., quien durante su vida fué muy aficionado á los éxtasis y á las visioines magnéticas, había muerto arruinado en la emigración, dejando por toda herencia diez volúmenes manuscritos, encuadernados en tafilete encarnado y con cantos dorados, de memorias muy curiosas sobre Mesmer y su cubeta. La señora de T. no había publicado las memorias por dignidad, y vivía de una corta renta que se había salvado sin saber cómo. Vivía retirada de la corte, "sociedad muy mezclada", decía ella, en un aislamiento noble, altivo y pobre. Algunos amigos se reunían dos veces por semana junto á su hogar de viuda, formando una tertulia puramente realista. Tomaban su té, y según les impulsaba el viento á la elegía ó al ditirambo, daban gemidos ó gritos de horror sobre el siglo, sobre la Carta, sobre los honapartistas, sobre la prostitución del cordón azul en los burgueses, sobre el jacobinismo de Luis XVIII; y se hablaba muy por lo bajo de las esperanzas que dejaba concebir el "señor", hermano del rey, más tarde Carlos X.

30359

Acogíanse con transportes de alegría las canciones populacheras, en que á Napoleón se le llamaba "Nicolás". Las duquesas más delicadas y las mujeres más encantadoras del mundo, se extasiaban oyendo coplas como ésta, dirigidas á los "federados":

Recoged en los calzones  
la camisa que se sale,  
no digan que los patriotas  
levantan bandera blanca.

Entreteníanse en juegos de palabras, que creían terribles, equívocos inocentes, que suponían venenosos, en cuartetos y aún dísticos, como éste contra el gabinete moderado "Desolles," Desuelos, de que formaban parte los ministros "Decazes," Decasa, y "Deserre," Destufa:

Para afirmar el trono removido en su planta  
hay que cambiar de suelos, de estufas y de casa.

Arreglaban también la lista de la cámara de los Pares, "cámara abominablemente jacobina", combinando sus nombres de manera que resultaban frases como ésta: "Damas Sabran, Gouvion-Saint Cyr." Todo alegremente.

En aquella tertulia parodiábase la revolución. Reinaba cierta manía para aguzar la misma cólera en sentido inverso. Así que también cantaban su "Ca ira":

¡Ya irán, ya irán, ya irán  
los bonapartistas del farol á colgar!

Las canciones son como la guillotina, cortan indistintamente, hoy esta cabeza, mañana aquella. Es una de sus variedades.

En el proceso Fualdés, que ocurrió en aquella época, 1816, se tomaba partido por Bastide y Jausion, porque Fualdés era "bonapartista". Calificaban á los liberales de "hermanos y amigos", lo cual se tenía por el último extremo de la injuria.

Como ciertos campanarios, la tertulia de la baronesa de T. tenía dos gallos.

El uno era el señor Guillenormand, y el otro el conde de Lamothe Valois, del cual se decía por lo bajo con cierto respeto: "¿No lo sabéis? Es el Lamothe del asunto del collar". Los partidos tienen estas amnistías singulares.

Añadamos aquí que en la clase media, ciertas posiciones honrosas pierden importancia manteniendo relaciones demasiado fáciles; es preciso tener cuidado con quien se trata, porque así como hay pérdida de calórico en la proximidad de un cuerpo frío, así también se pierde consideración con el trato de las gentes menospreciadas. La parte encopetada de la sociedad antigua prescindía de esa ley, como de todas las demás. Marigny, hermano de la Pompadour, entraba libremente en casa del príncipe de Soubise. ¿Sin embargo de lo que era? No, sino precisamente por lo que era. Du Barry, padrino de la Vaubernier, era muy bien recibido en casa del señor mariscal de Richelieu. Semejante sociedad es el Olimpo. Mercurio y el príncipe de Guémenee están como en su casa. Se admite á los ladrones con tal que sean dioses.

El conde Lamothe, que en 1815 era un viejo de setenta y cinco años, no tenía de notable más que su aspecto reservado y sentencioso, su rostro anguloso y frío, sus maneras perfectamente distinguidas, su traje abotonado hasta la corbata, y sus

largas piernas, siempre cruzadas y metidas en un ancho pantalón sin gracia alguna, de color de barro de Sienna cocido. Su cara era del mismo color del pantalón.

Este señor de Lomothe "era muy considerado" en aquella tertulia á causa de su "celebridad", y, cosa extraña por cierto, á causa también de su nombre de Valois.

En cuanto al señor Guillenormand, la consideración de que disfrutaba era absolutamente de buen género. Tenía autoridad.

Apesar de su ligereza, y sin que se perjudicase en lo más mínimo su jovialidad, tenía un modo de ser imponente, digno, noble y modestamente altivo, que venía aumentando su respetable edad. No se cuenta impunemente un siglo. Los años acaban por rodear la cabeza de una venerable aureola.

Tenía además esos dichos que son el reflejo de la escuela rancia. Así es que cuando el rey de Prusia, después de haber restaurado á Luis XVIII, fué á visitarle bajo el nombre de conde de Ruppín, y fué recibido por el descendiente de Luis XIV casi como marqués de Brandeburgo y con la impertinencia más delicada; Guillenormand lo aprobó. "Todos los reyes que no son el rey de Francia," dijo él, "no pasan de reyes de provincia." Un día oyó esta pregunta y esta respuesta. ¿A qué ha sido condenado el redactor del "Correo Francés"? A ser suspendido. El "sus" está demás, observó Guillenormand. Dichos de este género fundan una situación.

En un "Te Deum," aniversario de la vuelta de los Borbones, vió pasar al príncipe de Talleyrand, y dijo:

—"He ahí á su Excelencia el Mal."

Digamos también, que no siempre esos dichos estaban al alcance de todos, y que muchas veces era tan aguda la malicia ó tan fina la intención, que sólo los muy inteligentes la percibían; pero bastaba que uno de estos hábiles aplaudiera, para que los demás reconociesen la superioridad del viejo hidalgo.

Guillenormand iba generalmente acompañado de su hija, aquella "prolongada" señorita que á la sazón pasaba de los cuarenta años y representaba cincuenta, y de un hermoso niño de siete años, blanco, sonrosado, fresco, de alegres é inocentes ojos, el cual no entraba jamás en la sala sin oír murmurar á su alrededor estas exclamaciones: ¡Qué guapo es! ¡Qué lástima! ¡Pobre niño! Este niño era el mismo de quien hemos hablado hace poco. Se le llamaba "pobre niño," porque su padre era "un bandido de Loira."

Este bandido de Loira era el yerno del señor Guillenormand, de quien hemos ya hecho mención y á quien calificaba de "deshonra de la familia."

## II

### *Uno de los espectros rojos de aquel tiempo.*

Todo el que pasara en aquella época por la pequeña aldea de Vernón, y se parase un momento en aquel hermoso puente monumental, que será substituído probablemente antes de poco por algún feo puente de alambre, habría podido ob-

servar, dirigiendo su vista desde lo alto del parapeto, á un hombre de unos cincuenta años, con gorra de badana, vistiendo pantalón y chaquetón de grosero paño gris, en el cual llevaba cosida una cosa amarilla, que en su tiempo había sido una cinta roja, calzando zuecos, tostado por el sol, la cara casi negra y el pelo casi blanco, con una gran cicatriz que se corría desde la frente á la mejilla, encorvado, doblado, envejecido antes de tiempo, paseando casi diariamente con una azadilla y una podadera en la mano, por uno de aquellos espacios encerrados entre tapias inmediato al puente, que se extienden como una cadena de terrados costeano la orilla izquierda del Sena; lindos cercados llenos de flores, de los que podría decirse si fueran mucho mayores: son jardines; y si fueran algo más pequeños: son ramilletes. Todos aquellos cercados terminan por un lado en el río, y por el otro, en una casa. El hombre del chaquetón y los zuecos vivía en 1817 en el más pequeño de dichos cercados, y en la más humilde de aquellas casas. Vivía solo y solitario, silenciosa y pobremente, con una criada que no era ni joven ni vieja, ni bonita ni fea, ni señora ni lugareña.

El cuadrado de tierra que él llamaba su jardín, era famoso en el pueblo por la belleza de las flores que cultivaba; pues las flores eran toda su ocupación.

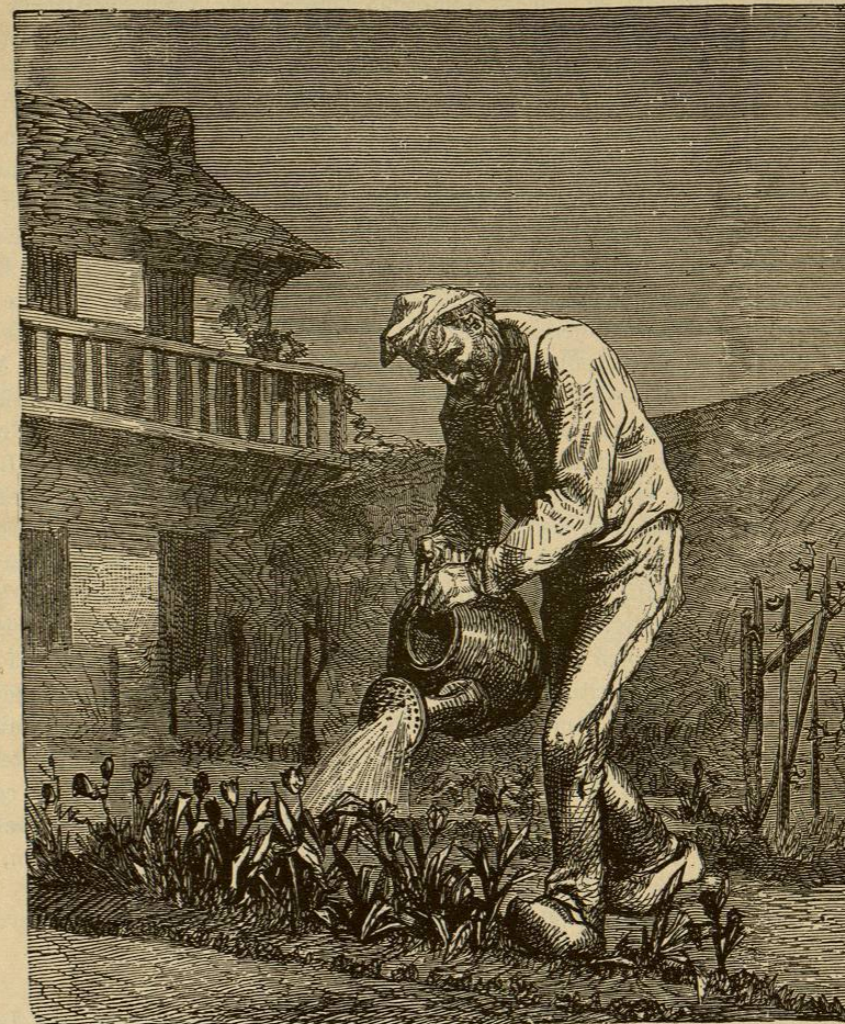
A fuerza de trabajo, perseverancia, de cuidado y de cubos de agua, había conseguido crear, después del creador, é inventado ciertas dalias y ciertos tulipanes que parecían haber sido olvidados por la naturaleza. Era ingenioso, y se había anticipado á Soulange Bodin en la formación de pequeños terraplenes de brezo para cultivar los arbustos raros y preciosos de América y de China. En verano, apenas despuntaba el día, ya estaba en su jardín, cavando, cortando, escardando, regando, andando por medio de sus flores con cierto aspecto de bondad, de tristeza y dulzura; muchas veces pensativo é inmóvil pasaba horas enteras escuchando el canto de un pájaro en un árbol, ó el chillar de algún niño en alguna casa, ó bien los ojos fijos sobre la punta de una hojita de yerba, en alguna gota de rocío convertida por los rayos del sol en brillante carbunclo. Comía frugalmente, y bebía más leche que vino. Un muchacho le hacía ceder, y le regañaba su criada. Era tímido hasta parecer arisco; salía muy poco, y no veía á nadie más que á los pobres que llamaban á su ventana, y al cura párroco, el señor Mabeuf, un buen anciano.

Sin embargo, si algún vecino ó forastero llamaba á su puerta deseoso de ver sus tulipanes y sus rosas, abría inmediatamente sonriendo. Este era el bandido del Loire.

El que hubiera leído por aquel tiempo las memorias militares, las biografías, el "Monitor" y los boletines del gran ejército, hubiera podido notar el nombre, repetido frecuentemente, de Jorge Pontmercy. Muy joven aún el Jorge Pontmercy, fué soldado en el regimiento de Saintonge. Cuando estalló la revolución, el regimiento de Saintonge fué agregado al ejército del Rhin, pues los antiguos regimientos de la monarquía conservaron sus nombres de provincia, aún después de la caída del trono, y no fueron reformados hasta 1794. Pontmercy peleó en Spira, en Worms, en Neustadt, en Turkeim, en Alzey, en Maguncia, siendo uno de los doscientos que formaban la retaguardia de Houchard. Fué también otro de aquellos doce que pelearon contra el ejército del príncipe de Hesse detrás del antiguo baluarte de Andernach, y no se replegó sobre el grueso del ejército, sino cuando el cañón enemigo abrió la brecha desde el cordón del parapeto hasta la misma escarpa. Estuvo

con Kleber, en Marchiennes, y en la acción de Monte Palissel, donde sacó el brazo roto de un balazo.

Después pasó á la frontera de Italia, siendo uno de los treinta granaderos que defendieron el desfiladero de Tende con Joubert. Joubert fué nombrado entonces ayudante general, y Pontmercy subteniente. Pontmercy estuvo al lado de Berthier, en medio de la metralla, en aquella jornada de Lodi que hizo decir á



Bonaparte: "Berthier ha sido artillero, soldado de á caballo y granadero." En Novi vió caer á su antiguo general Joubert, en el momento en que, levantando el sable, gritaba: ¡Adelante! Habiéndose embarcado con su compañía para asuntos del servicio en un barquichuelo que iba de Génova á no sé que puerto de la costa, cayó en una emboscada de siete ú ocho velas inglesas. El capitán del barco quería arrojar los cañones al mar, ocultar los soldados en el entrepuente, y escurrirse en la sombra como un buque mercante; pero Pontmercy hizo brillar los colores nacionales en la driza del mástil del pabellón, y atravesó orgulloso bajo los cañones de las fragatas británicas.

Veinte leguas más adelante, creciendo siempre su audacia, atacó y apresó con su barquichuelo un gran transporte inglés, que llevaba tropas á Sicilia, tan cargado de hombres y caballos, que iba atestado hasta los topes. En 1805 formó parte de la división Malher, que se apoderó de Gunzburgo contra el archiduque Fernando. En Weltingen recibió en su brazos, en medio de una lluvia de balas, al coronel Maupetit, herido mortalmente al frente del 9o. de dragones, distinguiéndose en Austerlitz en aquella admirable marcha escalonada, verificada bajo el fuego del enemigo. Cuando la caballería de la guardia imperial rusa destruyó un batallón del cuarto regimiento de línea, Pontmercy fué de los que se vengaron, arrollando á aquella tropa. El emperador le concedió la cruz. Pontmercy vió sucesivamente caer prisioneros á Wurmser en Mantua, á Melás en Alejandría, y á Mack en Ulm. Formó parte del octavo cuerpo del gran ejército mandado por Mortier, y que conquistó Hamburgo. Después pasó al regimiento 55 de línea, que llevaba antiguamente el nombre de Flandes. En Eylau estuvo en el cementerio donde el heróico capitán Luis Hugo, tío del autor de este libro, sostuvo solo con su compañía, compuesta de ochenta y tres hombres, durante dos horas, todo el empuje del ejército enemigo. Pontmercy fué uno de los tres que salieron vivos de aquel cementerio. Estuvo también en Friedland; luego en Moscú, después en la Beresina, y en Lutzen, Bautzen, Dresde, Wachau, Leipzig y en los desfiladeros de Gelenhausen; después en Montmirail, Chateau Thierry, Craon, en las orillas del Marne, en las riberas del Aisne y en la terrible posición de Laón. En Arnay le Duc, siendo capitán, acuchilló á diez cosacos, y salvó, no á su general, sino á su cabo. Fué también acuchillado él en este encuentro, y hubo que extraerle veintisiete esquirlas del brazo izquierdo. Ocho días antes de la capitulación de París, acababa de permutar con un compañero, y de entrar en la caballería, pues tenía lo que en el antiguo régimen se llamaba "doble mano", es decir, igual aptitud para manejar como soldado el sable ó el fusil, y como oficial un escuadrón ó un batallón. De esta actitud, perfeccionada por la educación militar han nacido ciertos cuerpos especiales, como por ejemplo, los dragones, que son á un mismo tiempo ginetes é infantes. Acompañó á Napoleón á la isla de Elba. En Waterloo era jefe de un escuadrón de coraceros de la bridaga Dubois. El fué quien cogió la bandera del batallón de Luxemburgo, y fué á ponerla á los pies del emperador. Estaba cubierto de sangre, pues había recibido, al apoderarse de la bandera, un sablazo que le cruzó la frente. El emperador, satisfecho, le dijo:

—Eres coronel, barón y oficial de la Legión de honor."

Pontmercy respondió:

—Señor, os lo agradezco por vida mía.

Una hora después caía en el barranco de Ohain. ¿Y quién era este Jorge Pontmercy? Era aquel mismo bandido del Loire.

Ya hemos visto algo de su historia. Pues bien; después de Waterloo, sacado Pontmercy, como dijimos, del barranco, consiguió unirse al ejército y fué llevado de ambulancia en ambulancia hasta los acantonamientos del Loire.

La Restauración le dejó á media paga, después le mandó de cuartel, es decir, sujeto á vigilancia, á Vernón. El rey Luis XVIII, considerando como no sucedido, nada de lo hecho durante los cien días, no le reconoció ni la gracia de oficial de la Legión de Honor, ni su grado de coronel, ni su título de barón; pero él no dejaba de firmarse siempre "el coronel barón de Pontmercy." No tenía mas que una

vieja casaca azul, y no salía nunca sin colocar en ella la roseta de oficial de la Legión de honor. El fiscal de su majestad le hizo advertir por un intermediario oficioso que se le perseguiría por uso "ilegal" de esta condecoración; y cuando lo supo Pontmercy respondió con amarga sonrisa: O yo no entiendo el francés, ó vos no lo habláis; la verdad es que no os entiendo. Después salió ocho días seguidos con su roseta; nadie se atrevió á inquietarle. Dos ó tres veces el ministro de la Guerra y el comandante general del departamento le escribieron con este sobre: "al señor comandante Pontmercy."

Devolvióles las cartas sin abrirlas.

En aquella misma época Napoleón hacía lo propio en Santa Elena con las cartas de sir Hudson Loew, dirigidas "al general Bonaparte." Pontmercy había acabado, permítasenos la frase, por tener en la boca la misma saliva que su emperador.

En Roma hubo también prisioneros cartagineses que se negaban á saludar Flamínio, por tener algo de alma de Aníbal.

Una mañana encontró al fiscal de su majestad en una de las calles de Vernón, y dirigiéndose á él, le dijo:—Señor procurador del rey, ¿me es permitido llevar mi cicatriz?

No tenía más que su mezquina media paga de jefe de escuadrón. Había alquilado en Vernón la casa más pequeña que encontró, y en ella vivía solo, como acabamos de ver. En tiempo del imperio, y entre dos campañas, tuvo tiempo para casarse con la señorita Guillenormand. El viejo burgués, aunque disgustado interiormente, había consentido en ello suspirando y diciendo: "Las familias más principales se ven obligadas igualmente á ello. En 1815 murió la señora Pontmercy, mujer por otra parte admirable, de sentimientos elevados y nada vulgar, digna por todos conceptos de su marido, dejándole un niño. Este niño hubiera sido la felicidad del coronel en su soledad, pero el abuelo había reclamado imperiosamente á su nieto, declarando que si no se lo entregaban le desheredaría.

El padre cedió por interés del niño, y no pudiendo tener á su hijo al lado, dedicó su cariño á las flores.

Había por otra parte, renunciado á todo: no se movía, ni conspiraba. Dividía su pensamiento entre las cosas inocentes que hacía y las grandes cosas que había hecho; pasaba el tiempo esperando un clavel, ó acordándose de Austerlitz.

El señor Guillenormand no tenía relación alguna con su yerno. El coronel era para él "un bandido", y él era para el coronel un "majadero." Guillenormand no hablaba nunca del coronel, sino para hacer alguna alusión satírica á su "baronía." Habían convenido expresamente en que Pontmercy no trataría nunca de ver ni hablar á su hijo, so pena de ser éste expulsado y desheredado. Por los Guillenormand era Pontmercy como unapestado. Querían educar al niño á su manera. El coronel obró mal quizá al aceptar semejantes condiciones; pero pasó por ellas, creyendo obrar bien, sacrificándose únicamente él.

La herencia del anciano Guillenormand era poca cosa; pero la de la señorita Guillenormand mayor era considerable, porque su madre había sido muy rica; y habiendo ella permanecido soltera, el hijo de su hermana era su heredero natural. El niño, que se llamaba Mario, sabía que tenía un padre, pero nada más. Nadie abría la boca para hablarle de él; pero la gente con quien le hacía tratar su abuelo, por sus cuchicheos, sus medias palabras y sus guiños, había llegado á llamar la

atención del muchacho, quien había acabado por comprender algo; y como naturalmente iba tomando por una especie de infiltración y penetración lenta, las ideas y las opiniones que formaban á su alrededor, por así decirlo, una atmósfera respirable, llegó poco á poco á no pensar en su padre, sino avergonzándose con el corazón oprimido.

Mientras iba Mario creciendo así, cada dos ó tres meses se escapaba el coronel é iba furtivamente á París como un perseguido por la justicia que ha roto sus cadenas, y se apostaba en San Sulpicio, á la hora en que la señora Guillenormand llevaba á Mario á misa. Allí temeroso de que la tía volviese la cabeza, oculto detrás de un pilar, inmóvil, sin atreverse á respirar, contemplaba á su hijo. Aquel hombre, lleno de cicatrices, tenía miedo de aquella solterona.

De eso mismo provenían sus relaciones con el párroco de Vernón, el señor Mabeuf.

Este digno cura tenía un hermano obrero en San Sulpicio, que había visto muchas veces á aquel hombre, contemplando á su hijo, y había fijado su atención en la cicatriz que le cruzaba el carrillo, y la gruesa lágrima que tenía en sus ojos. Aquel hombre que, si era de varonil aspecto, lloraba como una mujer, había chocado al obrero; su rostro le había impresionado. Un día que fué á Vernón á ver á su hermano, se encontró en el puente al coronel Pontmercy, y reconoció en él al hombre de San Sulpicio. El hermano habló de él al cura, y ambos, bajo un pretexto cualquiera, hicieron una visita al coronel, visita que trajo tras sí luego otras muchas.

El coronel, muy reservado al principio, concluyó por abrir su corazón. El cura y el obrero llegaron á saber toda la historia, y como Pontmercy sacrificaba su felicidad por el porvenir de su hijo. Esto hizo que el cura le mirase con veneración y ternura, y que el coronel cobrase afecto al cura. Por lo demás, cuando por casualidad son ambos sinceros y buenos, nadie se penetra y amalgama más fácilmente como un viejo cura y un soldado viejo. Los dos en el fondo son una misma cosa; el uno se sacrifica por la patria de abajo, y el otro por la patria de arriba; no hay otra diferencia.

Dos veces al año, el primero de Enero y el día de San Jorge, escribía Mario á su padre cartas de atención que le dictaba su tía, y que parecían copiadas de algún formulario; esto era lo único que toleraba el señor Guillenormand; el padre respondía en cartas tiernísimas que el abuelo se guardaba en el bolsillo sin leer.

### III

#### *Requiescant.*

La tertulia de la baronesa de T. era todo lo que Mario Pontmercy conocía del mundo. Era la única abertura por donde podía mirar á la vida. Aquella abertura era sombría, y le daba más frío que calor, más tinieblas que luz. Aquel niño, que era todo alegría y claridad, al entrar en aquel mundo extraño volvióse al poco tiempo triste, y lo que aún era más impropio de sus años, grave. Rodeado de todas aquellas personas imponentes y singulares, miraba seriamente asombrado en torno suyo. Todo contribuía á aumentar en él este estupor.

A este tertulia concurrían algunas viejas nobles venerabilísimas, que se llamaban Mathan, Noé, Lévis, que se pronunciaba Leví, y Cambis, que se pronunciaba Cambyse. Aquellas caras antiguas y sus nombres bíblicos, se mezclaban en la imaginación del niño con el antiguo Testamento que aprendía de memoria, y cuando estaban todas sentadas en círculo, alrededor de un fuego moribundo, iluminadas apenas por una lámpara de pantalla verde, con sus perfiles severos, sus cabellos grises ó blancos, sus luengos vestidos de otros tiempos, en los que no se distinguían más que colores lúgubres, dejando caer á intervalos palabras majestuosas y severas á un tiempo, el niño Mario las contemplaba con ojos azorados, creyendo ver en ellas, no mujeres, sino patriarcas y magas; no seres reales, sino fantasmas.

A estos fantasmas se agregaban varios clérigos que frecuentaban aquella tertulia, y algunos nobles; el marqués de Sass\*\*\*, secretario de órdenes de la señora de Berry; el vizconde de Val\*\*\*, que publicaba bajo el pseudónimo de "Carlos Antonio" odas de una sola rima; el príncipe de Beauf\*\*\*\*\*, que siendo aún joven tenía los cabellos grises y una mujer bonita y de talento, cuyos trajes de terciopelo escarlata con trencillas de oro, muy escotados, eran el escándalo de aquella casa sombría; el marqués de C\*\*\*\*\* de E\*\*\*\*\*, que sabía mejor que nadie en Francia "la urbanidad proporcionada"; el conde de Am\*\*\*\*\*, buen hombre de benévolo semblante, y el caballero de Port-de-Guy, columna de la biblioteca del Louvre, llamada el gabinete del rey. El señor Port-de-Guy, calvo, y más envejecido que viejo, contaba que en 1793, cuando tenía dieciséis años, había sido condenado á presidio por refractario, y atacado á la misma cadena que un octogenario, el obispo de Mirepoix, refractario igualmente, pero como eclesiástico, mientras que él lo era como soldado.

Estaban en Tolón. Su obligación era ir á recoger del cadalso, durante la noche, las cabezas y los cuerpos de los guillotinos de día; llevaban á cuestras aquellos troncos destilando sangre, de modo, que sus rojos capotes de presidiario tenían por bajo de la nuca una costra de sangre, seca por la mañana y húmeda por la noche. En la tertulia de la baronesa de T. abundaban las narraciones trágicas, y á fuerza de maldecir á Marat, se aplaudía á Trestaillon. Algunos diputados del género "inhallable" jugaban al wist; el señor Tribord de Chalard, el señor Lemarchant de Gomicourt, y el célebre chancero de la derecha, Cornet Dincourt. El baile de Ferrete, con su calzón corto y sus demacradas pantorrillas, entraba de paso alguna vez en aquella tertulia, al ir á casa de Talleyrand. Había sido camarada de devaneos del conde de Artois, y al revés de Aristóteles, acurrucado debajo de Campaspe, había hecho andar á la Guimard de cuatro pies, y por consiguiente había demostrado á los siglos como puede vengar á un filósofo un baile.

Respecto á los clérigos, eran éstos el abate Halma, el mismo á quien Larose, su colaborador en el "Rayo", decía: "¡Bah!"; "¿Quién no tiene cincuenta años? Algunos boqui-rubios solamente"; el abate Letourneur, predicador del rey; el abate Frayssinous, que no era todavía ni conde, ni obispo, ni ministro, ni par, y que llevaba una sotana vieja sin botones; y el presbítero Keravenant, cura de San Germán de los Prados; además el nuncio del papa, que era entonces monseñor Macchi, arzobispo de Nisibi, luego cardenal, notable por su larga nariz pensativa; y otro monseñor, que se titulaba abate Palmieri, prelado doméstico, uno de los siete protonotarios participantes de la santa sede, canónigo de la insigne basílica liberiana, abogado de los santos, "postulatore di santi", lo cual se refiere á los asuntos de ca-